

El ruido del tiempo

Música en Pavlovsk

Recuerdo bien los años muertos de Rusia, la década de los noventa, su lento deslizarse, su malsana quietud, su profundo provincianismo. Un meandro estancado, último refugio de un siglo agonizante. Con el té del desayuno, se hablaba de Dreyfus, de los coroneles Esterhazy y Picquart,¹ se discutía vagamente sobre cierta *Sonata a Kreutzer*² y el cambio de los directores de orquesta tras el alto podio de la acristalada estación de Pavlovsk,³ que para mí tenía tanta importancia como un cambio de dinastía. Inmóviles vendedores de periódicos, torpemente incrustados en las esquinas de las calles, sin un grito ni un gesto, estrechos coches de caballos con su pequeño asiento adicional para un tercer pasajero, y así, una cosa tras otra, la década de los noventa, tomada en su conjunto, adopta en mi memoria la forma de escenas aisladas, aunque ligadas entre sí por su inerte indigencia, el enfermizo y fatal provincianismo de una vida que agoniza.

Las mangas abullonadas de las señoras, los hombres exageradamente hinchados, los codos ceñidos, los talles de avispa, los bigotes y perillas, las barbas bien cuidadas; rostros y peinados masculinos –*à la coq* y *à la Capoul*– que hoy día sólo pueden verse en la galería de retratos de algún peluquero de poca monta.

En pocas palabras, la década de los noventa eran las mangas hinchadas de las señoras y la música en Pavlovsk; esos globos de las mangas femeninas y todo

lo demás giraban en torno a la estación acristalada de Pavlovsk, donde Galkin,⁴ el director de la orquesta, era el centro del mundo.

A mediados de esa década, Pavlovsk, como una suerte de Elíseo, atraía a todo Petersburgo. Los silbidos de las locomotoras y los campanillazos de los andenes se mezclaban con la patriótica cacofonía de la *Ouverture 1812*, y se respiraba un olor particular en la enorme estación donde reinaban Chaikovski y Rubinstein.⁵ El aire húmedo de los parques enmohecidos, el olor a podrido de los invernaderos y las rosas de estufa, se mezclaban con las emanaciones del bufet, el acre olor de los puros, la chamusquina de la estación y la cosmética de miles de personas.

El azar quiso que también pasáramos el invierno en Pavlovsk: vivimos todo el año en una casa de campo de esa ciudad de viejas, esa semi-Versalles rusa, poblada por lacayos de palacio, viudas de consejeros de Estado, comisarios de policía pelirrojos, pedagogos tuberculosos (se consideraba que vivir en Pavlovsk era más sano) y funcionarios públicos que gracias al cohecho podían construirse un chalecito. Oh, aquellos años en que Figner⁶ de vez en cuando perdía la voz y circulaban de mano en mano unas tarjetas con su doble retrato: en una mitad se le veía cantando y en la otra se tapaba los oídos; años en que los fascículos cuidadosamente encuadernados de *Niva*, *Vsemirnaya Nov* y *Viestnik Innostrannoi Literatury*,⁷ núcleo fundamental y permanente de las bibliotecas pequeñoburguesas, se amontonaban en los estantes y las mesitas de juego.

Hoy ya no existen enciclopedias de la ciencia y la técnica comparables a aquellos monstruos encuadernados.

Pero todas esas revistas eran nuestra auténtica fuente de conocimiento sobre el mundo. Me encantaba aquella mezcla de huevos de avestruz, terneros bicéfalos y fiestas en Bombay o en Calcuta, y, sobre todo, amaba las ilustraciones, grandes, a toda página: nadadores malayos, atados a unas tablas, deslizándose sobre olas del tamaño de una casa de tres pisos; el misterioso experimento del señor Foucault: un disco metálico y un péndulo enorme que oscilaba alrededor del disco y, alrededor, numerosos señores de aire grave con corbata y barbitas de chivo.

Creo que los adultos leían lo mismo que yo, es decir, sobre todo los suplementos de *Niva* y cosas por el estilo, aquella exterminada literatura que por entonces proliferaba. En general, teníamos los mismos intereses, y yo, a los siete u ocho años, ya caminaba a la par del siglo. Oía con mayor frecuencia la expresión *fin de siècle*, repetida con orgullo frívolo y coqueta melancolía. Diríase que, después de absolver a Dreyfus y ajustar cuentas con la Isla del Diablo, aquel extraño siglo había perdido su razón de ser.

Tengo la impresión de que los hombres estaban totalmente absorbidos, día y noche, por el caso Dreyfus, y que las mujeres, es decir, las damas con mangas abullonadas, se pasaban el tiempo contratando y despidiendo a las criadas, lo que les proporcionaba un tema inagotable de conversaciones gratas y amenas.

En el edificio de la catedral de Santa Catalina sobre la avenida Nevski vivía un venerable anciano, el *père* Lagrange. Entre las obligaciones del reverendo figuraba la de recomendar para el cargo de institutrices de familias honorables a muchachas francesas pobres. Las señoras acudían a pedirle consejo tras hacer sus

compras en el Gostinii Dvor. Salía a recibirlas con su raída sotana un viejecito que bromeaba cariñosamente con los niños al untuoso modo católico, adobado con una pizca de ingenio francés. Sus recomendaciones eran muy apreciadas.

La famosa oficina de colocación de cocineras, ayas e institutrices de la calle Vladimirskaia –adonde me llevaban con frecuencia– parecía un mercado de esclavas. Presentaban a las aspirantes por turnos; las damas les pasaban minuciosa revista y exigían informes y referencias. El informe de una dama totalmente desconocida, sobre todo si se trataba de una generala, ya se consideraba de suficiente peso; pero a veces la mercancía, mientras era examinada por la compradora, daba un bufido sin el menor disimulo y le volvía la espalda. Entonces la intermediaria de esta trata de esclavas salía corriendo, pedía disculpas y hablaba de la decadencia de las costumbres.

Vuelvo de nuevo la vista a Pavlovsk y recorro por las mañanas los pasillos y el piso de parquet de la estación que la noche llenaba de confeti y serpentinas con un espesor de medio metro, huellas de una tormenta llamada «gala benéfica». Las farolas de petróleo se transformaban en faros eléctricos. Por las calles de Petersburgo aún corrían tranvías tirados por viejos jamelgos quijotescos. La calle Gorjovaya estaba conectada con el jardín de Alejandro por una *karetká*, el transporte público más antiguo de la ciudad, y tan sólo por la avenida Nevski, haciendo sonar con estrépito sus campanillas y tirados por caballos briosos y bien cebados, corrían los tranvías nuevos, amarillos, a diferencia de los viejos, de un sucio color burdeos.

Imperialismo infantil

Un granadero, enmohecido por los años, con un gorro de piel de cordero bien encasquetado tanto en invierno como en verano, daba invariables vueltas alrededor de la estatua ecuestre de Nicolás I, frente al Consejo del Estado. El gorro, parecido a una mitra, era casi tan grande como un cordero entero.

Nosotros, los niños, tratábamos de entablar conversación con el viejo centinela. Nos decepcionaba saber que no era del año 1812, como pensábamos. Sin embargo, para compensar, nos informaba de que los veteranos que, como él, montaban guardia eran los últimos soldados de Nicolás I y que en toda la compañía apenas quedaban cinco o seis.

La entrada al Jardín de Verano por el lado del muelle, donde están las rejas y la capilla, frente al Palacio de Ingenieros, estaba custodiada por sargentos de caballería cargados de medallas. Eran ellos quienes decidían si la persona que intentaba pasar iba bien vestida: echaban sin contemplaciones a los que llevaban botas rusas, y prohibían la entrada a los que vestían modestamente y a los que llevaban gorra. Incluso los niños adoptaban en el Jardín de Verano una conducta muy ceremoniosa. Después de cuchichear con la institutriz o la niñera, alguna niña con faldilla o un niño con pantalón corto se acercaba al banco y, bien haciendo una reverencia o chocando los talones, según el caso, piaba: «Niña (o niño, pero era ése el tratamiento ofi-

cial), ¿no quieres jugar conmigo al escondite o al pillapilla?».

Después de este preámbulo, ya pueden imaginarse lo divertido que resultaba el juego; yo no jugaba nunca y este modo de entablar relación me parecía forzado.

Y fue así como mi temprana infancia petersburguesa transcurrió bajo el signo de un auténtico militarismo y, a decir verdad, no por mi culpa, sino por la de mi niñera y el ambiente callejero de aquel entonces.

Paseábamos por la calle Bolshaya Morskaya, en su parte desierta, donde se alzaba la iglesia luterana y el muelle entarimado del Moika.

Paso a paso, casi sin darnos cuenta, llegábamos al canal de Kriukov, al Petersburgo holandés⁸ de los varaderos y los arcos de Neptuno con emblemas marinos, y a los cuarteles del personal de la Guardia.

Allí, en la verde calzada por la que nunca pasaba ningún coche, adiestraban a los jóvenes marinos y los tambores estremecían las quietas aguas del canal. Me gustaba la presencia física de los guardiamarinas: todos eran más altos que la media. Mi niñera compartía plenamente mis gustos. Habíamos elegido por favorito a un marinero, «el del bigotito negro» y veníamos para verle: una vez que le localizábamos en las filas, no le quitábamos los ojos de encima hasta que no terminaba el ejercicio. Puedo decir ahora, sin asomo de duda, que con siete u ocho años cumplidos todo el centro de Petersburgo, sus barrios pavimentados de granito o madera, el tierno corazón de la ciudad con sus plazas desparramadas, sus frondosos jardines, los islotes de monumentos, las cariátides del Hermitage, la misteriosa calle Miliónnaya, en la que nunca se veían transeú-

tes y entre cuyos mármoles se insinuaba una sola tienda al por menor y, sobre todo, el arco del Estado Mayor, la Plaza del Senado y la parte holandesa, todo esto tenía a mis ojos algo de placer sagrado.

No sé cómo habrá nutrido el Capitolio las fantasías de los niños romanos, pero yo poblaba esas moles y calles con un desfile militar nunca visto, ideal, universal.

Es curioso que la catedral de Kazán, pese a la penumbra color tabaco de sus bóvedas y el agujereado bosque de sus banderas,⁹ no me inspirase ninguna emoción.

También era un lugar notable, pero hablaré de él más tarde. La herradura de la columnata de piedra y la amplia acera con cadenas estaban destinadas a las revueltas, y en mi imaginación este lugar no era menos interesante ni significativo que el desfile del mes de mayo en el Campo de Marte. ¿Qué tiempo hará? ¿No irán a suspenderlo? ¿Se celebrará este año? Pero a lo largo del canal que bordeaba el Jardín de Verano ya habían amontonado tablas y listones, se oía martillar a los carpinteros por el Campo de Marte; las tribunas se amontonaban, revoloteaba el polvo de los ataques simulados y agitaban sus banderines los infantes que jalonaban el campo. Hacían falta tres días para construir la tribuna. Me parecía maravillosa la rapidez con que se levantaba y sus dimensiones me abrumaban como si fueran las de un Coliseo. Visitaba cada día la obra, admiraba el curso fluido de los trabajos, corría por las escalerillas y me parecía estar en escena, participando del magnífico espectáculo del día siguiente; envidiaba, incluso, a las tablas que verían la carga con toda seguridad.

¡Ah, poder esconderme sin ser visto en el Jardín de Verano! Cientos de bandas musicales, el campo espigado de bayonetas, los recuadros de las falanges de infantería, unas a caballo, otras a pie, como si no fueran regimientos, sino sembradíos de alforfón, cebada, avena, centeno. ¡El imperceptible movimiento entre las filas de los batallones por senderos internos! Y, además, las trompas plateadas, los cornetines, una babilonia de gritos, tímpanos y tambores... ¡Ver el torrente de lava de la caballería!

Siempre tuve la impresión de que cualquier acontecimiento en Petersburgo tendría que ser algo por fuerza muy fastuoso y solemne.

Me entusiasmé cuando cubrieron los faroles de crepones, sujetos con cintas también negras, para los funerales del heredero al trono.¹⁰ El relevo de la guardia junto a la columna de Alejandro, los entierros de generales y las «salidas» eran mis distracciones habituales. En aquel tiempo, se le llamaban «salidas» a los paseos en carroza del zar y su familia. Yo había aguzado el ingenio para averiguar el momento en que iban a producirse. En cierto momento, junto al puente de Anichkov solían aparecer, como bigotudas y pelirrojas cucarachas, los policías que prestaban servicio en palacio. «No pasa nada, señores, circulen, por favor, hagan el favor...» Pero ya los porteros esparcían por las calles la fina arena amarillenta con sus palas de madera, y los bigotes de los comisarios de distrito lucían recién encerados, y los agentes de policía, como verdes guisantes, se habían desparramado por las calles Karavánnaya o Koniúshennaya.

Me divertía agobiar a la policía con diversas preguntas –¿quién y cuándo iba a pasar?, ¿por dónde?–

que ellos jamás se atrevían a contestar. Debo confesar que la fugaz visión de una carroza con el escudo imperial y pajaritos de oro en las linternas, o de un trineo inglés tirado por caballos trotones con malla siempre me desilusionaba. Sin embargo, ese juego de la «salida» me parecía bastante divertido.

Las calles de Petersburgo despertaban en mí un ansia de espectáculos, y la propia arquitectura de la ciudad me inspiraba una especie de imperialismo infantil. Soñaba con armaduras de caballero de la Guardia, con los yelmos romanos de los jinetes, con las trompas plateadas de la orquesta del regimiento Preobrazhenski, y después del desfile de mayo, mi distracción favorita era la fiesta del regimiento de caballería el día de la Anunciación.

Recuerdo también la botadura del acorazado *Oslia-bia*,¹¹ arrastrándose hacia el agua como una monstruosa oruga marina; y las grúas y el costillar del astillero.

Toda esa inclinación hacia lo militar e, incluso, ese cierto gusto por la estética policial correspondía más bien al hijo de algún comandante del ejército con tradiciones familiares adecuadas, pero desentonaba bastante con el tufo que desprendía la cocina de una casa de la mediana burguesía, con el despacho paterno impregnado del olor a cuero, pieles de cabritilla y becerro, y lleno de conversaciones de negocio entre judíos.